

—Abrió la puerta primero. Después os diremos lo que deseamos.

Bajó Felipe y abrió.

—¿Sois el señor Felipe Cayol?—preguntó el comisario.

—Sí,—respondió el joven con energía.

—Entonces os arresto como reo de rapto. Habéis robado á una joven menor de dieciseis años, que debe de estar escondida con vos.

Felipe sonrió y dijo:

—La misma señorita Blanca de Cazalis podrá declarar si hubo violencia por mi parte. No sé lo que queréis decir hablando de rapto. Hoy mismo debía ir á arrojarne á los pies del señor Cazalis pidiéndole la mano de su sobrina.

Blanca, pálida, temblorosa, se presentó.

—Señorita,—dijole el comisario,—tengo orden de llevaros al lado de vuestro tío que os espera en Aix. Está llorando.

—Siento infinito haber causado un pesar y un disgusto á mi tío,—respondió Blanca con alguna firmeza.—Pero no hay que acusar al señor Cayol, pues le seguí por mi libre y espontánea voluntad.

Luego, dirigiéndose á Felipe, le dijo:

—Esperad. Os amo, y suplicaré á mi tío que sea bueno para nosotros. Nuestra separación no puede ser larga.

Felipe la miraba tristemente, moviendo la cabeza.

—Sois una niña débil y medrosa, pero no se os olvide que me pertenecéis. Amadme como os amo.

Blanca lloraba.

El comisario la hizo entrar en un coche, que había enviado á buscar, y la acompañó á Aix, mientras dos agentes levaban á Felipe á la cárcel de la ciudad.

## VII

## En que Blanca hace lo que hizo San Pedro

La noticia del arresto llegó á Marsella al día siguiente y fué un verdadero acontecimiento.

Por la tarde, habían visto á Cazalis pasar en coche con su sobrina por la Cannebière. Los comentaristas iban al galope; todos hablaban de la actitud triunfante del diputado, de la confusión, del rubor de Blanca.

El señor Cazalis era muy capaz de hacer pasear á la joven por Marsella, para que se enterasen todos de cómo había vuelto á su poder y que su raza no se rebajaba contrayendo enlaces plebeyos.

Mario, á quien Josefina había avisado, corrió todo el día por la ciudad. Confirmóle la triste noticia la voz pública. Por todas partes oía referir el hecho con variados pormenores. Cansado, aburrido, fuese á su oficina sin saber qué resolución tomar.

Por desgracia, el señor Martelly debía permanecer ausente hasta la noche del día siguiente. Mario quería, necesitaba obrar; hubiese deseado hacer algo en seguida en favor de su hermano. Sus temores del primer momento se habían calmado algún tanto. Reflexionó que no podía acusarse de rapto á Felipe y que Blanca le defendería. Llegó á creer en su sencillez, que debía ir á casa del señor Cazalis, pidiéndole la mano de Blanca en nombre del detenido.

Al día siguiente, por la mañana, bajaba cuando vino á su encuentro Josefina. Palideció la pobre, cuando Mario le comunicó el objeto de su salida.

—¿Me permitís acompañaros?—preguntó.—Esperaré á la respuesta de la señorita y de su tío.

Ya se había calmado la cólera de Cazalis, pues tenía en sus manos la venganza. Iba á probar su poder, aplastando á uno de esos republicanos que aborrecía.

Le anunciaron á Mario, y mandó introducirle.

Le recibió en pie y con aire altivo. Mario adelantóse políticamente, y con voz tranquila dijo:

—Señor: en nombre de mi hermano Felipe Cayol, tengo el honor de pedir la mano de la señorita Blanca de Cazalis, vuestra sobrina.

El diputado creyó ver visiones. Retrocedió, miró al joven con desdén y respondió riendo:

—Estáis loco, señor mío. Sé que sois trabajador y honrado, y por esto no mando á mis criados echaros á la calle. Vuestro hermano es un canalla, que será castigado como merece.

—Señor, he venido para ofrecer la única reparación posible: el matrimonio. La injuria quedará borrada.

—Nosotros estamos por encima de la injuria. No es vergonzoso para un Cazalis haber sido la querida de un Felipe Cayol: lo vergonzoso sería un enlace con gente de vuestra clase.

—Otras creencias tenemos nosotros en puntos de honra... Yo no insisto: cumplí con mi deber. Permitidme añadir tan sólo, que la señorita no rechazaría el ofrecimiento si á ella pudiese dirigirme.

—¿Lo creéis así?

Cazalis tiró del cordón de una campanilla, y mandó al criado que hiciese bajar inmediatamente á su sobrina.

Blanca apareció pálida, con señales de haber llorado. Al ver á Mario se estremeció.

—Señorita,—dijo su tío,—he aquí este caballero que pide vuestra mano para el infame, al cual no quiero nombrar en vuestra presencia... Decidle lo que me dijisteis ayer.

Blanca no se atrevía á mirar á Mario. Con los ojos fijos en su tío, respondió con voz débil y temblorosa:

—Os decía, señor, que fui robada con violencia, y que

haré todos los esfuerzos para que se castigue el odioso atentado del cual he sido víctima.

Pronunció estas palabras como el que repite una lección aprendida de memoria.

Cazalis no se había descuidado: era preciso que su sobrina mintiese y lo logró.

Mario quedó estupefacto, espantado.

—¡Señorita!—exclamó,—no hablabais así el día en que me suplicásteis pedir el perdón y el consentimiento de vuestro tío para casaros con Felipe. ¿Habéis considerado que vuestra mentira causará la pérdida del hombre que tal vez amáis y que es vuestro esposo?

—No sé lo que queréis decir,—replicó vacilando.—Yo no miento... he cedido á la fuerza... Aquel hombre me ha ultrajado, y mi tío vengará el honor de nuestra familia.

—Y estoy en la casa de los Cazalis,—dijo Mario, con indignación,—de la ilustre familia, honra de la Provenza. Ignoraba que aquí tuviesen cabida la mentira, la calumnia, la cobardía. Señor diputado, esa niña es inocente, la perdono su debilidad; pero vos sabéis muy bien el alcance de vuestros actos. Si ahora me ofrecieseis la mano de la señorita Blanca para mi hermano, yo la rehusaría, pues nunca he mentido ni cometido una mala acción, y me avergonzaría de aliarme con vuestra familia.

Cazalis ya había llamado á un colosal lacayo, que estaba en la puerta, esperando órdenes.

Mario, sin turbarse, se dirigió á la puerta con paso lento y tranquilo, y su aspecto resuelto intimidó al criado, que iba á ponerle la mano encima.

Encontró á Josefina en la acera.

—¿Y qué?—preguntó ansiosa.

—Nada. Son unos miserables calumniadores, unos locos orgullosos.

Josefina respiró, y dijo:

—¿Pues no se casa el señor Felipe con la señorita?

—La señorita afirma que Felipe es un infame, que la robó con violencia. Mi hermano está perdido.

—Nada de eso: yo le salvaré: los dos juntos le salvaremos.

## VIII

## La olla de barro y la olla de hierro

Por la noche, Mario refirió al señor Martelly lo que había pasado: el armador sacudió la cabeza.

—Amigo, no sé qué consejo daros. Siento decirlo, pero quedaréis vencido. Vuestro deber es empeñar la lucha, y os secundaré con todas mis fuerzas. Para entre nosotros sea dicho, somos débiles y estamos desarmados, tenemos un adversario, que se apoya en el clero y la nobleza. Ni Marsella, ni Aix, aman la monarquía de Julio, y son adictos á un diputado de la oposición, el cual hace una terrible guerra á Thiers. Ayudarán á Cazalis en su venganza; hablo de las personas encopetadas: el pueblo nos serviría, si pudiera servir á alguien.

—Lo mejor sería ganar para nuestra causa á un miembro influyente del clero.

—¿No conocéis á algún sacerdote influyente cerca del obispo?

—Conozco al padre Chastanier, que es muy bueno, pero no tendrá poder alguno.

—No importa, id á verle. La clase media no puede sernos útil; la nobleza nos echaría con desdén si fuéramos á mendigar recomendaciones. Queda la Iglesia: á ella conviene acudir. Trabajad, yo también trabajaré por mi parte.

Mario fué á ver al padre Chastanier, que le acogió con algún miedo. Desde las primeras palabras del joven, exclamó:

—¡Nada me pidáis! Han sabido que me ocupaba de este asunto, y he recibido graves reconvenções.

No puedo hacer más que rezar, invocar la ayuda de Dios. Pero escuchad: hay por aquí un hombre que pudiera seros útil, el padre Donadéi: dicen que Monseñor le quiere mucho. Es extranjero, italiano, me parece, y en pocos meses ganó la voluntad de todos. ¿Queréis que os acompañe á su casa? Vive aquí cerca, en el boulevard de la Conderie.

Los dos se pusieron en marcha, y minutos después se detuvieron delante de una casita de un solo piso.

—Aquí vive,—dijo Chastanier.

Una criada anciana les recibió y les hizo entrar en un reducido gabinete, tapizado de colores sombríos.

El padre Donadéi les recibió con agrado. Su rostro pálido, en el cual traslucíase la astucia, no expresó asombro alguno.

Llevaba un traje talar muy largo, sin cintura. Sus manos delicadas y blancas salían de las anchas mangas, su tez era fresca. Podía tener unos treinta años.

Ya sentado, escuchó con gravedad sonriente las palabras de Mario, y le hizo repetir algunos pormenores de la fuga.

Parecía dispuesto á ayudar á Mario en su obra: éste le confesó que sólo el clero podía salvar á su hermano, y le suplicó que intercediese cerca de Monseñor.

Levantóse entonces el sacerdote, y dijo:

—Señor, mi sagrado carácter me impide mezclarme en este deplorable y escandaloso lance. Los enemigos de la Iglesia acusan con mucha frecuencia á los sacerdotes, diciendo que se salen de sus sacristías. No puedo más que pedir á Dios el perdón de vuestro hermano.

Mario, consternado, habíase levantado también.

—Os doy las gracias,—dijo.—Las plegarias son una dulce limosna para los desgraciados. Pedid á Dios que los hombres nos hagan justicia.

Se retiró con Chastanier, al que Donadéi había afectado no mirar siquiera.

En la puerta, el sacerdote detuvo un instante á Mario, preguntando con su habitual cortesía:

—¿Estáis colocado en las oficinas del señor Martelly?

Misterios de Marsella.—3

—Sí, señor,—respondió el joven sorprendido.

—Es un hombre muy honrado. Sé que no es nuestro amigo, pero le tengo en gran estimación. Su hermana, que yo tengo el honor de dirigir, es una de mis mejores hijas de confesión.

Mario le miraba, sin saber qué decir. El sacerdote, ruborizándose levemente, añadió:

—Es una persona sumamente amable, de ejemplar piedad.

Saludó con mucha finura y cerró la puerta.

Chastanier y Mario, ya en la acera, se miraron. El anciano, dijo:

—Amigo, Dios no tiene la culpa si sus ministros no son siempre como deberían ser.

Alejábanse los dos cuando un carruaje se paró delante la casita. Mario vio apearse á Cazalis y entrar en seguida.

—¡Mirad, padre mío!—exclamó el joven.—Estoy seguro de que el sagrado carácter de ese cura no le estorbará para trabajar en favor de Cazalis.

Tentaciones tuvo de volver á entrar en aquella casa, pero se calmó, dió las gracias al padre Chastanier y alejóse con el triste convencimiento de que la última puerta de salvación se había cerrado.

Al día siguiente, el señor Martelly le dió cuenta de una tentativa que había hecho cerca el primer escribano de Marsella, el señor Donglas, hombre religioso, que en menos de ocho años había llegado á ser una verdadera potencia por su rica clientela y sus generosas limosnas. El nombre de aquel escribano era amado y respetado.

Como de él se había valido Martelly para colocar algunos capitales, fué á verle y solicitó su ayuda. Donglas, que parecía muy preocupado, dió una respuesta evasiva, dijo que tenía sobradas ocupaciones, que no podía luchar contra Cazalis.

—Yo no insistí,—dijo Martelly,—pues creí entender que vuestro adversario os había tomado la delantera. Mucho me sorprende que un hombre tan honrado se haya dejado atar las manos... ¡Ay, amigo mío! creo que no habrá remedio.

Durante un mes, Mario corrió por todas partes para solicitar el favor de algunos hombres influyentes.

En todas partes fué recibido friamente, con política burlesca.

Lo mismo le pasó al señor Martelly. La nobleza y el clero favorecían al diputado, la clase media le temía, y el pueblo no pudiendo favorecer de otro modo á Felipe, cantaba coplillas satíricas contra Cazalis y su sobrina.

Pasaban los días, la instrucción del sumario adelantaba rápidamente.

Una mañana, supo Mario que el jardinero Ayasse había sido preso también como Felipe; éste por raptó, el otro por complicidad en el mismo delito. La señora Cayol fué puesta en libertad por falta de pruebas.

Mario corrió á abrazar á su madre. Tanto había sufrido durante su encarcelamiento, que pocos días después murió en los brazos de Mario, el cual juró vengarla.

Una multitud inmensa de gente del pueblo acompañó el cadáver al cementerio, las mujeres acusaban en alta voz á Cazalis, y poco faltó para que fuesen á romper los cristales de las ventanas de su palacio.

Como la causa debía tener su desenvolvimiento en Aix, Mario quería estar allí para seguir el curso de la causa y aprovechar los incidentes que se presentasen. Pidió un permiso de un mes al efecto, que le fué otorgado en seguida.

El día de la marcha, encontró á Josefina en la diligencia.

—Me voy con usted,—dijo tranquilamente la joven.

—¡Es una locura!—exclamó él.—No sois rica... ¿Quién venderá vuestras flores?

—Una amiga mía; una joven que vive en el mismo piso en la plaza de los Huevos. He pensado: puedo serles útil; me puse el mejor vestido y aquí me tenéis.

—Pues os doy las gracias,—respondió sencillamente Mario con voz conmovida.

### En que el señor de Girousse propala chismes

Llegando á Aix, Mario se apeó en casa de Isnard, el cual vivía en la calle de Italia. No habían molestado al mercero: sin duda despreciaban una presa tan mezquina.

Josefina fué en seguida á ver al carcelero, cuya sobrina tenía por aliada. Tenía ya formado un plan.

Llevaba un gran ramo de rosas, que fué recibido con alegría, tantos mimos hizo, tal gracia empleó, alegre, cariñosa, que en dos horas fué la niña mimada de su tío. Era viudo y tenía dos niñas de corta edad, cuya mamita fué Josefina desde luego.

La vista de la causa debía empezar en los primeros días de la próxima semana.

Paseando una tarde por el boulevard, encontró al señor Girousse, el cual había ido desde Lambesc para presenciar el juicio de Felipe. Tomóle el brazo el anciano hidalgo y le llevó á su fonda. Luego, encarnándose con él en una sala, le dijo:

—Ahora estamos solos, amigo. ¿Por qué no me pedís defensores contra Cazalis? Escuchad: en esta ciudad somos unos cincuenta como yo, que vivimos apartados, enclaustrados en un pasado que nunca ha de volver. ¡Necedad incomprendible! Pudiéramos trabajar por la prosperidad del país, y no hacemos nada.

Luego el anciano señor, sacó un periódico, en el cual se leían los nombres de los jurados que debían juzgar á Felipe.

—He aquí,—dijo,—una reunión de ricos, que tienen interés en servir la causa de Cazalis. Humbert, hermano de un comerciante de Marsella, mercader de aceite. Hace veinte años, su padre era dependiente de un almacén: hoy sus hijos son millonarios, debido á sus especulaciones.

Un año, vende por adelantado, al precio corriente, una enorme cantidad de aceite. A las pocas semanas, el frío mata los olivares, la cosecha está perdida, está arruinado sino engaña á sus clientes. Prefiere esto á ser pobre. Mientras sus colegas venden perdiendo buena mercancía, él compra todos los aceites averiados que puede encontrar, y entrega las cantidades prometidas.

Quéjense, enfádanse los clientes. El especulador responde friamente que cumple con puntualidad, que nada más tienen que pedirle. ¿Comprendéis? Gautier... otro comerciante de Marsella. Tiene un sobrino, Pablo Bertrand, el cual ha estafado en grande. Dutailly, comerciante de trigos. Hace tiempo sucedió á su yerno una desgracia, cuyo escándalo se apresuraron á ahogar sus amigos. Jorge Fouque, el yerno, hacía de modo que siempre se encontraban averías en los cargamentos que le traían los barcos. Por el dictámen de un perito, las sociedades de seguros pagaban, pero aburridas al fin, encargan examinar las mercancías á un honrado panadero que no tardó en recibir la visita de Fouque, el cual, hablando de cosas indiferentes, le desliza en la mano algunas monedas de oro. El panadero las deja caer y las lanza en medio de la sala... Allí había gente que lo presencié, pero Fouque no perdió el crédito por eso. Delorme... otro tipo por el estilo. Fairse... su madre casóse en segundas nupcias con un tal Chabran, armador y descontador. Bajo pretexto de especulaciones desgraciadas, Chabran escribe un día á sus numerosos acreedores que se ve obligado á suspender sus pagos. Algunos le dan tiempo, la mayoría quieren perseguirle por justicia. Entonces Chabran toma, como empleados á dos jóvenes á los que intruye durante ocho días. Luego, por ellos acompañado, visita, uno tras otro, á sus acreedores, quéjase de su miseria, implora compasión para sus dos hijos desarrapados y falto de alimento... La comedia tiene éxito completo. Los acreedores rompen sus títulos. Al día siguiente, Chabran estaba en Bolsa, tranquilo é insolente más que nunca. Un corredor que ignoraba el negocio, le propuso

encontrar tres valores firmados por los comerciantes que, la víspera le habían perdonado la deuda.

—Yo no hago nada,—dijo,—con tales gentecillas.

Gerominot, un usurero de la peor especie. Hasta ahora ganó un millón. Casó á su hija con un tal Pertigny, pero después de la quiebra, la cual le permitió comprar una casa. Dió el diez por ciento á los acreedores. Hace apenas quince años, otra quiebra le hizo ganar trescientos mil francos, y él ofreció el cinco por ciento. Rehusaron los acreedores, y él probó que sus bienes eran propiedad de su esposa, y no dió ni siquiera un céntimo.

Mario se sentía mareado al oír tales y tantas infamias.

El viejo hidalgo, interrumpiéndose, se le puso delante y dijo ásperamente:

—¿Tenéis la bobería de creer que esos millonarios, que han subido como la espuma, esos poderosos que hoy os aplastan, fueran unos santitos, unos justos, unas personas honradas y sin mancha?

Ostentan, sobre todo en Marsella, su vanidad, su insolencia; son devotos y engañan á los buenos cristianos. Forman una aristocracia. Este, vendió á su amigo; aquél, vendió esclavas blancas; un tercero vendió á su esposa y á su hija; otro, especulando sobre la miseria de sus acreedores, rescató á vil precio, las acciones que había des- acreditado diestramente, de una sociedad, cuyo gerente era él mismo; otro se enriqueció echando á pique un barco cargado de piedras, á manera de mercancías, haciéndose pagar por la sociedad de seguros; otro ganó millones vendiendo por vino agua de campeche y sangre de buey; otro pegando fuego á su fábrica ó á sus barcos, asegurados por una cantidad mucho mayor de lo que valían...

Por fin faltóle la respiración á Girousse. Guardó un largo silencio, dejando que se calmara su cólera.

Dijo luego con mayor dulzura:

—Yo soy un misántropo. El ocio al cual me condena mi título, me permitió estudiar las vergüenzas de este país.

Sin embargo, hay también gente honrada entre nosotros; lo malo es que temen á los pillos.

Mario se despidió muy turbado por lo que había dicho Girousse. Preveía la condena de su hermano. El día siguiente empezaba la vista de la causa.

X

### Un proceso escandaloso

La ciudad estaba emocionada. Estalla con extraña energía el escándalo en las ciudades provincianas, pacíficas, donde la curiosidad de los ociosos no tiene cada día nuevo alimento. Todos hablaban de Felipe y Blanca; en la calle referíanse las aventuras de los dos amantes; decían en alta voz que ya de antemano estaba condenado el acusado, que Cazalis, ó en persona, ó por sus amigos, había pedido la condena á cada jurado particularmente.

El clero de Aix, en parte, apoyaba al diputado pero algunos de aquellos sacerdotes no consentían aprobar una injusticia.

Toda la nobleza le apoyaba.

Felipe también tenía amigos y defensores: el pueblo,

Era sabido que Blanca, delante del juez de instrucción, había renegado de su amor, y las muchachas del pueblo, desprendidas y valerosas, hablaban de ella con el mayor desprecio. La llamaban «la renegada».

Cazalis la había arrastrado á Aix, y la obligaba á pasear por el boulevard, pero no le fué posible continuar. La multitud se enfureció, insultó á Blanca y mostróse dispuesta á apedrear al tío y á la sobrina.

Un día declaró terminantemente que no saldría más á la calle, pues estaba próxima á ser madre.

La mañana del día en el cual debían empezar las sesiones, las puertas del Palacio de Justicia fueron sitiadas; unos grupos se formaron en el centro de la plaza de los

Predicadores, gesticulando, hablando en alta voz. Comenzaban á gritos acerca del probable éxito del proceso, la culpabilidad de Felipe, la actitud de Cazalis y de Blanca.

La sala iba llenándose. Habían añadido varias hileras de sillas para las personas provistas de tarjetas; y tantas fueron, que casi todas permanecieron de pie.

Allí estaban la flor y nata de la nobleza, abogados, altos funcionarios, todas las personas más notables de Aix. Ningún acusado tuvo un público semejante.

Cuando se abrieron las puertas para dejar entrar las clases menos privilegiadas, apenas pudieron caber algunos curiosos. Los demás se vieron obligados á estacionarse en los pasillos y en las gradas del edificio.

De vez en cuando oíanse murmullos, voces de reproba- ción, que penetraban en la sala.

Las damas ya habían invadido la tribuna. Formaban una masa compacta de rostros ansiosos y risueños. Las que ocupaban la delantera, se abanicaban, se inclinaban; parecían estar en un teatro.

Cuando fué introducido Felipe Cayol, reinó un profundo silencio. Las damas le devoraban con la vista, y algunas se armaron de gemelos para examinarle mejor. A muchas agradó su aspecto varonil y enérgico. Digna y tranquila fué la actitud del acusado, el cual, llevaba un traje completamente negro. Parecía ignorar la presencia de los dos gendarmes que estaban á su lado. A veces echaba una mirada á la multitud, pero sin descaro.

Leyeron el acta de acusación.

Era terrible para el acusado. Los hechos, según las declaraciones de Cazalis y su sobrina, estaban maliciosamente interpretados. Allí decía que Felipe había seducido á Blanca con la lectura de novelas inmorales, y no eran los tales libros más que dos inocentes novelitas de la condesa de Genlis, en un todo pueriles. Decía que Blanca fué robada con violencia, que se había agarrado á un árbol, y que durante la fuga, el seductor debió valerse de la intimidación para hacerse seguir por su víctima. Había otra cosa muy grave: la señorita Blanca afirmaba que nunca había escrito á Felipe, y que las dos cartas presentadas por el acusado, se las había hecho escribir en Lambesc con fecha distinta.

Concluida la lectura del acta de acusación, la sala lle-

nóse con el murmullo de las conversaciones particulares. Todos tenían ya su opinión formada anteriormente y discutían, comentando el relato oficial.

Fuera prorrumpían en verdaderos gritos.

El presidente amenazó con hacer desocupar la sala, y el silencio se fué restableciendo poco á poco.

Entonces empezó el interrogatorio de Felipe.

Después de las preguntas de rúbrica, repetidas por el presidente acerca de los motivos de la acusación, Felipe dijo con voz clara y sonora:

—Me acusan de haber sido robado por una señorita.

Estas palabras hicieron sonreír á todos. Las señoras se ocultaban el rostro detrás del abanico para reír. La palabra de Felipe, por absurda y loca que pareciera, expresaba, sin embargo, la verdad. El presidente observó justamente, que nunca se había visto á un hombre de treinta años, robado por una niña de dieciseis.

—Tampoco,—respondió tranquilamente Felipe,—se ha visto á una joven de dieciseis años, recorriendo las carreteras, atravesando ciudades, encontrando centenares de personas, sin llamar al primer transeunte que se le presentara para que la librase de su seductor, de su carcelero.

Y siguió demostrando la material imposibilidad de la violencia y la intimidación de que era acusado. A cada hora del día Blanca podía abandonarle, pedir ayuda y socorro; si le seguía, era que le amaba, que había consentido en fugarse. Además, Felipe demostró la mayor ternura por la niña, la mayor deferencia hacia el señor de Cazalis. Reconoció que había obrado mal; pidió únicamente que no hicieran de él un seductor indigno.

La sesión fué suspendida hasta el día siguiente, en que serían oídos los testigos. Por la noche, la ciudad estaba revuelta; las señoras hablaban de Felipe con enojo afectado; los hombres graves le trataban más ó menos severamente, el pueblo defendíale con energía.

Hubo, al día siguiente, más apretada y ruidosa multitud en las puertas del Palacio de Justicia. Casi todos los testigos eran de cargo. No fué citado el señor de Grousse; tenía su franqueza, y á más de eso, hubiese debido ser juzgado como cómplice. Mario mismo fué á suplicarle que no se comprometiera en aquel negocio; tenía alguna salida del viejo conde que lo echase todo á rodar.

3079.1

Una sola declaración fué favorable, la del posadero de Lambesc, el cual, declaró que Blanca llamaba esposo al acusado, pero esta declaración quedó desvanecida por la de los demás testigos.

Margarita, la lechera, dijo que no recordaba haber traído al acusado las cartas de la señorita Cazalis. Así todos los testigos, ó por temor ó por necedad, ó por falta de memoria, sirvieron los intereses del diputado.

Fué necesaria otra sesión para audiencia de los letrados. El abogado de Felipe le defendió con sencillez y dignidad. No trató de excusar la parte culpable de su conducta; dijo que la ambición y el amor le habían extraviado, pero probó que no podía acusársele de raptó, y que no había lugar en aquel negocio á violencia é intimidación.

El discurso del procurador del rey fué terrible, y tuvo éxito funesto.

El jurado emitió veredicto afirmativo. Felipe Cayol fué condenado á cinco años de reclusión y á exposición pública en una plaza de Marsella. El jardinero Ayasse fué castigado á unos meses de cárcel.

Oyéronse rumores vagos en la sala. Fuera, el pueblo rugía alborotado.

## XI

### En que Blanca y Josefina se encuentran frente á frente

Blanca, escondida en una tribuna, lo había presenciado todo. Allí estaba por mandato de su tío, el cual, quería acabar de destruir su ternura, mostrándole á su amante entre gendarmes, como un ladrón. Una anciana parienta la acompañaba.

Mientras las dos señoras esperaban el coche, en las gradas del Palacio de la plaza de los Predicadores, fué reconocida por las verduleras, silbada, insultada.

—¡Es ella, es ella!—gritaban.—¡La renegada, la renegada!

La joven no sabía por dónde escapar, medio muerta de vergüenza y de miedo, cuando una muchacha separó vigorosamente el grupo que la rodeaba y se puso á su lado.

Era Josefina.

Había acudido llena de cólera, con ánimo de ultrajar á la joven dama, pero al verla acobardada, temblorosa y débil, se compadeció.

Rechazó con violencia á las mujeres, que enseñaban sus puños cerrados á la señorita, y gritó:

—¡Bueno! ¿y qué? ¿no tenéis vergüenza?... está sola, y sois más de ciento. Sin vuestros gritos, Dios la castigará. ¡Dejadme pasar!

Había cogido la mano de Blanca, y esperaba con semblante irritado á que las abriesen paso. Mirando á la jo-



ven, comprendió que su parto era inminente. Entonces, gritó:

—¿No veis cómo está? ¡Vais á matar á su hijo!  
Callaron compadecidas.

Entonces pudieron alejarse las dos jóvenes.

Blanca, avergonzada, estrechábase á su compañera y apretaba el paso.

La ramilitera, por las calles menos frecuentadas, llevó á la dama á su palacio, cuya puerta estaba abierta.

Por el camino no profirió ni una sola palabra.

Obligóla Blanca á entrar en el vestíbulo, y entornando la puerta, dijo muy conmovida:

—¡Señorita, os doy rendidas gracias por vuestra tan oportuna intervención! Aquellas malas hembras iban á matarme.

—No las insultéis, ¡las mismas razones tenía yo!

—¡Vos!

—Sí, os aborrezco. Más valía que hubieseis muerto en la cuna. Sois hermosa, sois rica: ¿por qué me habéis robado á mi querido, si habíais luego de enviarle á un vergonzoso encierro?

—No comprendo,—replicó Blanca.

—¿No comprendéis? Yo amaba á Felipe. Cuando supe que había huído con vos, lloré mucho, pero me resigné pensando que le haríais feliz. ¡Así fué efectivamente! por vos está deshonrado, por vos permanecerá cinco años en presidio.

—¡No me acuséis! ¡si supieseis lo que estoy sufriendo! Obedezco á una voluntad de hierro. Es verdad, soy cobarde, no tengo valor. Con eso y todo, sigo amando á Felipe. El me lo ha dicho: «Tu castigo será amarme siempre». ¡Ay! cuando oí que lo condenaban, creí que me saltaba el corazón del pecho.

—¿Y qué será de la criatura?

—No sé, no sé. Me la quitará mi tío.

—¿Queréis que yo sea su madre?

Blanca abrazó á la joven con ternura, y la dijo:

—Llegaos á mi casa cuando esté en Marsella. Llegando la hora, en vos confiaré.

En aquel instante entró la señora que acompañaba á Blanca, después de haber buscado á la joven entre la multitud, sin poderla encontrar.

Josefina se fué aprisa. Llegando á la plaza de las Carmelitas, vió desde lejos á Mario, que hablaba con el abogado de Felipe.

Estaba desesperado: lo que más le dolía era la exposición pública. Llegó á su lado Josefina, la cual, le dijo en voz baja:

—Seguidme. Vuestro hermano está salvado.

## XII

### En el cual se prueba cómo el corazón de un carcelero no es siempre de piedra

Mientras Mario, antes de la vista de la causa, recorría inútilmente la ciudad, Josefina, por su parte, trabajaba en la obra de su liberación. Emprendía una campaña en regla contra la conciencia de su tío, el carcelero Revertégat.

Habíase instalado en su casa y pasaba los días en el edificio de la cárcel. Desde la mañana hasta la noche, cuidábase de las faenas domésticas y de las dos niñas, que la adoraban, pues de ella no recibían más que mimos dulces, juguetes y trapitos para las muñecas.

El padre, enternecido, se lo agradecía todo con efusión. A pesar suyo, cedía á la influencia de la joven, y refunfuñaba cuando ella le hablaba de marcharse.

Parecía que la ramilitera hubiese llevado consigo el perfume de sus flores y la alegría. Revertégat decía, riendo, que en su domicilio moraba la primavera.

Con muchísima maña, Josefina, poco á poco, infundía al carcelero sentimientos de piedad, de dulzura.

Delante de él, se compadeció de Felipe, y obligóle á confesar que era una injusticia tenerle encarcelado.

Cuando creyó poder hacerlo sin imprudencia, preguntó si podía visitar al pobre joven. El tío no tuvo valor de rehusar, la acompañó él mismo y se quedó en la puerta para evitar sorpresas.

Josefina quedóse confusa delante del prisionero.

Mirábale ruborizada, olvidando lo que debía decirle, Felipe la dijo con cariño:

—¡Aquí venís, querida! ¡Cuánto os lo agradezco! Dejad que os bese la mano.

—Estáis loco, señor Felipe,—respondió Josefina.—Ahora tenéis esposa... Hablemos de lo que importa.

—Hablemos de lo que queráis.

—El carcelero es mi tío,—dijo en voz baja.—Hace ocho días que trabajo para vuestra liberación. No os olvidan los amigos. Esperad.

—Dadme la mano como amigo, como camarada.

—Muy pronto espero conseguir vuestra libertad. ¿En qué día queréis fugaros?

—¿Fugarme? ¿para qué? Yo seré absuelto.

—De todos modos, bueno es estar preparados.

El tío llamó, avisándola para que saliera.

—Repito,—dijo,—que es necesario prepararse. Si os condenan, yo y vuestro hermano prepararemos la fuga. Esperad.

Se retiró.

Siguió en su tarea libertadora. El tío le cobraba cada día más cariño. Hasta sus primitas conspiraban con ella.

Una noche, después de muchos mimos y muchos preámbulos, acabó por pedirle sin más rodeos la libertad de Felipe.

—Si de mí dependiera,—respondió,—en seguida estaría en la calle.

—Tío, de vos únicamente depende.

—¿Tú lo crees así? Al día siguiente, me despedirán, y me moriría de hambre con mis hijitas.

—¿Y si yo os diese dinero?

—¡Tú!

Miró á su sobrina para cerciorarse de si aquello era una broma. Viéndola muy seria y formal, dijo:

—¡Bueno! Allá veremos.

Josefina le abrazó y mudó de conversación. Volvió varias veces á la carga, habituando á su pariente á la idea de dejar en libertad al prisionero. Acabó por ofrecer 15,000 francos, y el ofrecimiento deslumbró al carcelero. Por eso dijo á Mario:

—Vuestro hermano está salvado.

Llevó al joven á la cárcel.

Todo se lo explicó por el camino. Mario no encontraba expresiones bastantes para mostrar su agradecimiento. Ella apenas escuchaba, pensando sólo en el logro de su deseo.

Por la noche vieron á Revertégat, el cual dijo á Mario:

—He aquí mis dos pequeñitas: son mi pesadilla. Si no fuera por ellas, ni un cuarto aceptaría.

Todo se hizo en pocos minutos. Mario prometió marchar á Marsella al día siguiente por la mañana, y traer los 15,000 francos prometidos por Josefina.

Esperaba tomarlos en casa de su banquero: su madre había dejado 50,000 francos, colocados en el banco del señor Bérard, uno de los más ricos y afamados banqueros de la ciudad. La ramilletera quedaba en Aix esperando la vuelta del joven.

Partió, lleno de esperanza, viendo ya libre á su hermano.

Mientras apeábase de la diligencia, en Marsella, llegó su conocimiento una terrible noticia que le aterró.

El banquero Bérard acababa de declararse en quiebra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA II  
"ALFONSO B. FERRER"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XIII

## Una quiebra como se ven muchas

Mario corrió á casa del banquero. No podía creer en la siniestra noticia: tenía la fe de los corazones honrados. Por el camino, pensaba que tal vez eran aquellas voces calumniosas, esperaba locamente. En aquel momento, la pérdida de su capital era la pérdida de su hermano. Figurábase que no sería tan cruel la casualidad: engañábase tal vez el público, Bérard iba á entregarle su dinero.

Entrando en la casa del banquero, la angustia apretóle el corazón. Vió la desoladora realidad. Desocupados estaban los despachos; aquellas grandes oficinas desiertas y tranquilas, con las rejillas cerradas, las mesas escritorios solitarias, le confirmaban el triste presagio.

Una riqueza que se desmorona deja en pos de sí un rastro de desconsuelo. Desprendíase de los cartones, de los papeles, de la caja, no sé qué olor de ruina. Los sellos cerraban todos los muebles.

Mario atravesó tres piezas sin encontrar á nadie. Por fin descubrió á un dependiente, el cual había ido á buscar algunos objetos que le pertenecían. Le dijo bruscamente que el señor Berard estaba en su gabinete.

Entró el joven estremeciéndose, olvidando cerrar la puerta. Vió al banquero ocupándose pacíficamente en escribir cartas, arreglar papeles, sacar cuentas. Joven aun, alto, guapo, iba vestido con esmero, llevaba sortijas en los dedos, tenía traza galante y rica. Parecía que se hubiese

arreglado para recibir á sus clientes y explicarles el desastre.

Su actitud era valerosa. Aquel hombre era una víctima de las circunstancias ó un pillo audaz.

Al ver entrar á Mario, le miró cara á cara, y su rostro expresó una leal tristeza.

—Os esperaba,—dijo con voz conmovida.—Estoy esperando á todos los que he arruinado. Tendré valor hasta el fin: quiero que cada cual pueda asegurarse que no tengo por qué ruborizarme.

Cogió un registro y lo abrió con cierta afectación.  
—Aquí están mis cuentas,—dijo.—Pasivo, un millón; activo, un millón y medio. El tribunal liquidará, y creo que nadie perderá. Yo soy el más perjudicado: he perdido la hacienda y el crédito, me he dejado robar indignamente por deudores insolventes.

Mario ni una palabra había pronunciado; ante la calma abatida de Bérard, ante aquella muestra de austero dolor, no encontraba en sí fuerza para lanzar una palabra de enojo. Casi se compadecía de aquel hombre, que desafiaba la tempestad.

—Señor,—dijo por fin;—¿por qué no me habéis avisado cuando habéis visto que vuestros negocios se embrollaban é iban mal? Mi madre era amiga de la vuestra. Recordando nuestras antiguas relaciones, debíais hacerme retirar el dinero que iba á ser comprometido... Hoy vuestra ruina todo me lo quita y me arroja en la desesperación.

Berard cogió ambas manos de Mario.

—¡No digáis eso!—exclamó.—Ignoráis los crueles pesares que me desgarran. Al ver el abismo, quise sostenerme agarrándome á las ramas, luché hasta el último instante; esperé salvar los depósitos... no sabéis las terribles eventualidades á que están sujetos los que manejan dinero.

Mario no sabía qué responder. Apresuróse á salir para no molestar al desgraciado banquero.

Atravesando nuevamente las habitaciones, se encontró otra vez con el mismo dependiente, que había hecho su paquete y tomaba el sombrero. Reía entre dientes, se encogía de hombros y miraba á Mario de extraña manera. Llegando á la calle los dos, le dijo de pronto:

*Misterios de Marsella.*—4

—¿Qué pensáis del señor Bérard? ¡Qué buen cómico! La puerta quedó abierta, y me divertía ver las manifestaciones de su desconsuelo. Iba á llorar. Permittedme decirlos que acabáis de dejaros engañar del modo más cortés.

—No comprendo,—respondió Mario.

—Más vale así; eso prueba que sois un hombre honrado. Yo me voy satisfecho; hace tiempo que preveía el golpe, el desenlace de la clásica comedia del robo. Tengo especial olfato para saber esas cosas.

—Explicáos.

—Muy sencillo. Hace diez años Bérard abrió una casa de banca: hoy no dudo de que, desde el principio, haya preparado la quiebra. He aquí como discurrió. Quiero ser rico porque tengo grandes apetitos, quiero serlo pronto, pues padezco por no satisfacerlos. El camino recto es largo y difícil; más vale el torcido. En diez años poseeré un millón. Seré banquero para coger los fondos del público con cebo seductor. Cada año birlaré una bonita cantidad, y me detendré con los bolsillos llenos. Entonces suspenderé los pagos; devolveré generosamente dos ó trescientos mil francos de dos millones que me habrán sido confiados. Lo demás me permitirá vivir como un duque, entregado á la pereza y á la voluptuosidad. ¿Comprendéis, mi buen señor?

—Pero esto es imposible. Bérard acaba de decirme que su pasivo es de un millón, y millón y medio su activo. Todos quedaremos pues satisfechos.

—¡Ay qué sencillez! ¿Creéis verdaderamente en este activo de millón y medio? Primero será apartado el dote de la señora Bérard. La señora llevó 50,000 francos, pero su esposo, en el contrato de matrimonio, los transformó en 500,000: es un pequeño robo de 450,000 francos. Queda un millón, representado casi en su totalidad por créditos fallidos... ¡vaya! un procedimiento muy fácil. En Marsella hay muchos que venden su firma por cinco francos, hasta viven de este oficio fácil y lucrativo. Bérard se hizo firmar montones de pagarés por tales hombres de paja, y guardó en sus bolsillos el dinero, que pretende haber prestado á deudores insolventes. Feliz puede estimarse quien reciba el diez por ciento. Y esto dentro de dieciocho meses ó dos años, cuando el síndico de la quiebra haya concluido su tarea.

—Ese Bérard es un canalla. Será perseguido con rigor.

La sociedad debe ser purgada de esos pillos, que se enriquecen con la ruina ajena. El presidio los espera.

—Bérard será castigado tal vez con quince días de cárcel, y he aquí todo. ¿Tampoco comprendéis esto? Escuchad, pues.

Los dos jóvenes estaban parados en la acera: codeábanles los transeúntes. Volvieron á entrar en el vestíbulo de la casa del banquero.

—Decís que el presidio espera á Bérard; el presidio espera á los torpes solamente. En diez años que está preparando la quiebra, ha tomado sus precauciones; esa infamia es una obra de arte. Las cuentas están en regla: la ley lo ampara. Conoce de antemano sus insignificantes riesgos. ¿Qué le vituperará el tribunal? A lo más, sus gastos personales algo considerables; el haber lanzado á la circulación muchas letras, medio ruinoso de proporcionarse dinero. Son faltas leves y merecen leve castigo. Ya lo he dicho; quince días de cárcel, á lo sumo, un mes.

—¿Y no se puederegonar en público el crimen de ese hombre, probarlo y hacerlo condenar?

—No, señor: faltan las pruebas. Luego, Bérard no ha perdido el tiempo, todo lo ha previsto; ha adquirido, en Marsella, amigos poderosos, adivinando que tal vez algún día necesitaría su influencia. Ahora es casi inviolable, lo más, repito, que podrá suceder, será que esté encerrado unas semanas. Al salir, encontrará un millón, fácilmente adquirirá nueva estimación. Oid por último un consejo de amigo: no digáis una palabra de cuanto os refiero, renunciad á vuestro dinero y nada más. Pensadlo bien: veréis como tengo razón. Adiós.

Mario estaba fuera de sí: ganas tenía de subir otra vez y abofetear al banquero.

Todo lo dicho por el dependiente se verificó. Bérard fué condenado á un mes de cárcel. Un año después, con buen semblante y andar resuelto, paseaba por Marsella su alegre humor de rico. Frecuentaba los círculos, los «restaurants», los teatros, iba á todas partes donde había que comprar placeres. Por el camino encontraba siempre á complacientes ó á necios, que le saludaban respetuosamente.